

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLÍTICOS

"HISPANUS"



El Estrecho de Gibraltar

ESPAÑA ANTE EL MUNDO



Residencia
de Estudiantes

Residencia
de Estudiantes

Residencia
de Estudiantes



D

INSTITUTO DE ESTUDIOS POLITICOS
COLECCION ESPAÑA ANTE EL MUNDO

EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

POR

HISPANUS



EDITORIA NACIONAL
MADRID - MCMXLI



DEDICATORIA

José María Abagán

In memoriam.

Este libro lo dedica su autor a los Caídos.

A los mártires y a los héroes que dieron su vida por Dios y por España. Sólo con la palma del sacrificio y con el laurel del triunfo se tejen las páginas sublimes y perennes de la Historia.

Este libro se dedica también a los voluntarios caídos junto a nuestros mejores:

A los germanos esforzados en la Legión Cón-dor.

A los bravos legionarios italianos del Cuerpo de Tropas Voluntarias.

A los valientes hermanos peninsulares, los "vi-riatos" portugueses.

Y a vosotros, guerreros marroquíes, alineados junto a nosotros a las órdenes de Franco.

5



INTRODUCCION

Habéis caído todos manteniendo los mismos ideales, bajo el impulso de los mismos sentimientos.

Porque, sabedlo bien, soldados de la guerra de España: no habéis coincidido en la Cruzada casualmente. Habéis venido movidos por el mismo resorte, unidos por idénticos lazos. La civilización ibérica es sangre del Sur del Estrecho, cultura de Roma, jerarquía de Germania... Hubo un pasado común. Y una relación secular entre España e Italia. Y un Imperio que nos unía con Alemania.

Cuando España debía perecer, según los designios de las demagogias de Oriente y de Occidente de todos los matices, Franco se alzó. Fue un adalid. Vosotros no faltasteis en vuestro puesto a su lado. Había quedado aquí algo propio que nos legaron, espléndidos, vuestros antepasados, cual materiales magníficos para construir nuestra nacionalidad. Por eso vinisteis. Había algo vuestro también que os llamaba a la lucha. Y aquí quedaron para siempre, con los nuestros, los vuestros más esforzados, cubiertos todos por la misma tierra generosa de España. Así el común sacrificio hizo posible el triunfo, y España—luchando en la vanguardia por las nuevas ideas—ofreció la vida de un millón de sus hijos en la primera gran batalla de esta guerra.

6

El autor, amable lector, ha vivido ocho años en África, frente a las costas españolas y cara al Estrecho. Ha visto así transcurrir vertiginosos los días, fascinado por el espectáculo maravilloso de dos continentes besándose.

Bajo un cielo azul, entre las dos costas gemelas, brillando al sol los campos dorados, entre los pueblos blancos de Andalucía y los poblados albos, también, de África; entre la España de acá y de allá, en una palabra, este panorama soberbio e inigualable del Estrecho, ¡cuántos sentimientos no evocó en mi espíritu durante aquel largo tiempo que viví embriagado por el embrujo del lugar!

En aquellos días inolvidables en que contemplábamos seducidos el panorama lleno de luz y color, vivo y subyugante del Estrecho, escribimos, sin saberlo, este libro. No en el papel ciertamente, sino en el alma.

¿Cuántas veces no cruzamos nosotros, también, aquellas aguas que corren como un río por el canal,

azules como el cielo? ¿Cuántas veces no presenciamos el espectáculo magnífico del hemiciclo de las montañas que cercan la bahía de Algeciras y que parecían abrirse ante la fina proa de la pequeña moto-nave de la "Transmediterránea", blanca como otra gaviota más, al venir camino de España...? Allí estaban las alturas de las Sierras de la Luna y del Algabe, por donde serpenteaban los caminos no lejos del mar. ¡Allí estaba, al otro lado, la enorme masa pétreas de Gibraltar, la vieja "Calpe" frente a "Abyla" africana, la lóbica, de cuyo pie habíamos partido apenas hacia una hora...! Invariablemente en este instante el pasajero que contemplaba cerca de mí la mole del Peñón la señalaba con la mano, mientras me susurraba las mismas frases que había oído a mis compañeros de viajes anteriores. ¡Ellos, también, tenían escrito en el alma este mismo libro que yo doy, al fin, a la imprenta!

He aquí el libro, pues, del pasajero del Estrecho. Un libro que han podido escribir, en el papel, todos los españoles que se han asomado al canal separador entre España y África. Las más de las páginas están arrancadas de nuestra propia alma. ¡Alma española! De un alma que pretende hacer sentir sus propios sentimientos al español que no ha gozado de la dicha de ver este brazo de mar inundado de luz; de abarcar desde el Hacho o desde el promontorio de Punta Carnero, la magnificencia del cuadro del Creador que delimita África y España y enclava el Estrecho.

¡Qué otra hubiera sido la política española, en efecto, si los que la rigieron antaño hubieran contemplado y meditado, ellos también, al borde del Estrecho! En ningún otro lugar del mundo hallaríamos más hermoso observatorio, ni sitio más fecundo para meditar sobre mi Patria! Ni aun faltando el sol ra-

diente de África y de Andalucía el espectáculo emudece. Habla solamente otra lengua. Si la niebla cierra, densa, el horizonte, ¡escuchad el ruido seco y sincrónico de las piezas de Gibraltar y de Ceuta avisando a los navegantes! Si la noche lo cubre todo, el navegante tampoco ciega. Advertiréis, desde cualquier altura de la costa, los guíños luminosos que celan los torreros de Espartel y Trafalgar, Malabata, Tarifa, Carnero, Punta Europa y la Almina.

Cuenta René Pinón—que también contemplaba cautivado el espectáculo del Estrecho, aunque él mirara desde el pie del faro de Gibraltar—que de todos los lados del horizonte los humos surgen, los grandes buques convergen hacia el paso que separa África de Europa; los que vienen del Este, de los puertos del Mediterráneo, de las Indias, de China, de Australia o del lejano Pacífico, cruzándose con los que vienen de los Estados Unidos, de Francia, de Alemania, de América del Sur o del África occidental... “Todos—más de 30 por día, añade—desfilan entre las Columnas de Hércules y pasan a la vista de Gibraltar. A 21 kilómetros está Ceuta, ciudad española sobre la costa marroquí, con su montaña redonda y la lengua de tierra en donde se disimulan sus edificios y cuarteles; más al Oeste, el Yebel Musa o Monte de las Monas, con la cresta metida entre las nubes, perfila su alta silueta, mientras que enfrente la punta de Tarifa muestra, a ras del mar, la torre blanca de su faro. Más lejos aún, mientras la costa de España oblicúa hacia el Norte, el Cabo Malabata oculta la entrada de Tánger.”

En efecto, observando el Estrecho, observamos también, por añadidura, un gran camino. Lo corrobora la intensidad de este tráfico, que jamás decrece.

Mas en todo paisaje, diríamos nosotros parodiando

a un poeta, hay, además de Geografía, Historia. Y a la verdad, en el Estrecho ciertamente ésta se hace digna y solidaria de la magnificencia del marco.

El Estrecho, en efecto, es un presente y un pasado. Ved una carta: El paralelo 38° de latitud Norte marcha inmediatamente por encima de lo que fué, en un pasado geológico, Estrecho Nortebético, y hoy es depresión del Guadalquivir. El paralelo pasa cerca de Andújar y Bailén, campos de vieja tradición militar; no lejos de ellos las Navas de Tolosa, culminación de un pasado de la Reconquista, y, en fin, atraviesa las tierras del viejo Reino de Teodomiro, respetado por el Emir Abdelazis. Más al Sur, el paralelo 34° separa dos ciudades de los Sultanes: Mequinez y Fez, y deja al Norte el viejo Estrecho Surrieno, por cuya vega, desecada hoy como la que recorre el Betis, discurre ahora el Sebú.

Entre estos dos paralelos, que intercalan y centran el Estrecho, queda inscrita buena parte de la Historia de España, aunque ambos arcos terrestres no puedan servirnos de límites de referencia en este libro. ¡El problema del presente y del futuro del Estrecho tiene —ya se verá— horizontes mucho más lejanos!

Pero entre aquellos dos paralelos están las viejas colonias primitivas; los puertos de embarque y desembarque de los éxodos e invasiones de la antigüedad y del medievo; Palos de Moguer y Sevilla—¡la cuna de la gesta de América y oceánica!—, y el borde incipiente del Mediterráneo también. ¡Que nadie confunda el centro geométrico y de gravedad física de los cuerpos sólidos y sin vida con el centro vital y de actividad de los seres animados! ¡Que nadie confunda tales centros vitales con los meros centros de figura! ¿Es que acaso estos centros vitales no se encuentran en la Geografía y en la Historia, muchas ve-

ces en los confines periféricos de las naciones? ¿Acaso la actividad de los Estados Unidos no es centrífuga, aglomerándose en su borde oriental e incluso en algunos lugares costeros del Pacífico, mientras que aparecen casi desiertas inmensas extensiones centrales? ¿Es que París y menos Londres ocupan el centro geométrico de Francia y de Inglaterra? H. Hummel y W. Sievert han dicho en su libro—“El Mediterráneo”—que el centro de gravedad de España está sobre las costas de ese mar, y que ya no es Castilla, sino el propio Mar Interior, el que determina la suerte de España.

Así es, en efecto. Si el centro político de gravedad español estuvo antaño en la meseta, hoy está en el litoral. En realidad, es posible que este desplazamiento sea bastante remoto. Piensa el autor que, aun cuando la meseta imponía la ley de la unidad española, la suerte de los acontecimientos se decidía, con harta frecuencia, en aguas del Estrecho. Fué menester dominar antes en él para que aquella unidad quedara culminada.

¡El Estrecho! ¡¡Si es la Historia de España!! Trace el lector un arco, con el centro en aquél, con un radio de 250 kilómetros. Apenas nada. Alrededor o poco más de media hora de vuelo en un moderno avión de caza.

He aquí el arco: pasa por Rabat, la vieja capital de los almohades; por Mequinez, otra residencia de soberanos musulmanes; por Fez, sede de los Idrisidas y corte actual del Imperio Cherifiano, salta al Mediterráneo, jalona su trazo Alborán, y ya en España, salva dos ciudades llenas de evocaciones: Granada, la última capital de los musulmanes españoles, y Córdoba, la sede del poderoso Califato español.

Dentro del círculo—obsérvelo el lector—, las prime-

*ras ciudades de España y Marruecos; los jalones urbanos de las culturas más antiguas; el país de los Tar-
tesios, "Malaca", "Gadir", "Itálica"..., al Norte; "Tin-
gis", "Septa", "Titauen", "Lixus", "Volubilis"..., al
Sur.*

*Allí, en el círculo también, están Tarifa, Gibral-
tar, Guadalete... ¡Y las aguas de Vélez Málaga, San
Vicente y Trafalgar...! Los muros de Cádiz y casi tam-
bién la campiña de Bailén.*

¡Allí está Gibraltar!

*¡Nombres de días de gloria y de días de luto! ¡La
Historia escrita por la toponimia geográfica!*

*Ya dijimos que el Estrecho era un presente y un
pasado también.*

*Meditemos sobre su lección. Meditemos, sin embar-
go, pensando más que nada en el porvenir.*

*Franco ha dicho: "Hemos derramado la sangre de
nuestros muertos para hacer una Nación y para for-
zar un Imperio."*

*El Imperio de España está allí. El Estrecho es su
umbral.*

CAPITULO PRIMERO

"FRETRUM HERCULEUM"

- I. El misterio del "Finis terrae" para el hombre de la antigüedad.—II. Cómo explicó la fábula el enigma: Hércules cava el Estrecho.—III. Habla la Ciencia: una historia de millones de años.—IV. Simetría hispano-mogrebina. Elementos homólogos.—V. Síntesis de una función geográfica común: España y Marruecos, países de transición entre Europa y África.

I. "Finis terrae" para el hombre de la antigüedad.

Durante muchos siglos la civilización, que se inició en la orilla de los grandes ríos, se enseñoreó, al hacerse marítima y litoral, en las márgenes del Mediterráneo. Ya Platón pudo, en efecto, observar dono-

samente cómo el espectáculo de los pueblos de su tiempo, dispuestos todos al borde de este mar, recordaba al de las ranas croando en torno de un estanque. Allá, pues, recluida dentro de los linderos y confines de este Mar Viejo, la también vieja civilización se mantuvo encerrada durante un enorme lapso histórico. Allí, en efecto, radicó durante toda una Era, la cultura, la vida política y mercantil y el tráfico entre los pueblos conocidos a la sazón. La Historia del Mediterráneo fué a la verdad, durante muchos siglos, la Historia Universal también.

Encerrados los antiguos dentro de los límites de este mar, experimentaron, sin duda, al alcanzar sus confines acá, en el Poniente remoto, en el Estrecho, la sensación angustiosa de quien ve terminar las tierras conocidas—“Finis terrae”—y se enfrenta ante el misterio inquietante; ante el mundo desconocido, el reinado del caos que había de poner pavor durante tanto tiempo a los hombres más decididos y animosos.

Tal estado moral influyó, es explicable, en la toponomía primitiva del Estrecho. Los antiguos denominaron, en efecto, “Héspesis”, esto es, “País del Occidente”, a nuestra Península, del mismo modo que los árabes llamarían tiempo después Mogreb el Aksa, literalmente también “País del Occidente” al Marruecos frontero.

Algo más fuerte que el temor debió de surgir en el ánimo del hombre de la antigüedad que llegaba al Estrecho. Surgió también la curiosidad, la esperanza de hallar una salida de aquel espléndido; pero hermético mundo mediterráneo, y la única salida de aquella cuenca marítima, envuelta por las montañas, estaba allí precisamente; en aquella brecha que tenían los bravos nautas primitivos ante sus ojos. Un día, en fin, el ánimo de los más esforzados tentó la aven-

tura. No importa cuál fuese el móvil. Una naveccilla se adentra, al fin, en el Estrecho.

Cuando los pilotos púnicos se aventuraron dentro de aquel brazo de mar advirtieron en seguida la similitud de ambas orillas y la completa analogía de sus ribazos. Sus débiles embarcaciones de remo y vela, luchando no pocas veces con los vientos adversos, bordeaban de una a otra margen, y en casos tomaban agua y provisiones indistintamente en un lado o en otro. Alguna vez fondeaban estas frágiles embarcaciones al socaire de algún cabo o espinazo costero, para esperar el momento propicio en el que los vientos permitieran seguir la ruta. Sería entonces, quizás, cuando los tripulantes de aquellas embarcaciones antiguas, sucesivamente fenicias, cartaginesas, griegas o romanas, comenzaran a entablar relaciones mercantiles con los indígenas de una y otra orilla. Los mismos frutos, las mismas necesidades fomentaron, sin duda, idéntico comercio. Los nautas primitivos, en efecto, se sorprendieron ya de la identidad de los países.

En realidad, el Estrecho, más que separar nada, abría simplemente un camino angosto. Esto era todo. Era un canal, y un canal no separa. Al contrario, une. El mismo relieve litoral. Las mismas montañas. Igual clima. Idénticos frutos. Los mismos hombres, a uno y otro lado. Tal fué, para el piloto primitivo, el apasionante misterio del “Finis terrae”—del fin de la tierra conocida—, del pasadizo marítimo aquel que descubriera, único umbral del viejo Mundo Mediterráneo... El enigma era arduo. La curiosidad del hombre primitivo puso, sin embargo, no menor osadía en desentrañarlo. ¿Cómo había surgido aquel paso? ¿Por qué aquellas orillas parecían idénticas?

II. Cómo explicó la fábula el enigma.

Los antiguos, al descubrir, sorprendidos, la brecha terminal del Mediterráneo, que abría una ruta ignota, se preguntaron adónde llevaba aquel camino de la angostura del Estrecho, muchas veces cerrado por vientos contrarios, contrarrestado siempre por corrientes adversas y en donde los "hileros" de estas últimas sacudían a veces con excesiva energía sus frágiles naves. Era menester, sin duda, tener bien templado el ánimo para lanzarse así a la aventura. Además—y no carece el dato de importancia—, los navegantes primitivos que salvaran aquel brazo de mar y se lanzaran en el océano, quizá para lograr el monopolio del comercio atlántico, ocultaban sus viajes y contribuían a mantener así la leyenda de terror que aquel mar inspiraba. Si era menester acudir a medidas de energía frente a algún osado marino, para obligarle a volver sobre su ruta, los pueblos que habitaban en el Estrecho lo hacían sin escrúpulo. Refiere a este propósito Eratóstenes, citado por Strabon, que los cartagineses arrojaban al mar a cualquier extranjero que navegase con rumbo a las "Columnas". ¡Allí terminaba el mundo! Píndaro podía afirmar, por tanto, cinco siglos antes de Jesucristo, que no era posible ir más adelante, hacia el mar inaccesible, más allá de las "Columnas de Heráclito".

Los fenicios, maestros en el arte de la navegación, debieron ser los primeros en salvar el Estrecho. Si ocultaron su comercio de estaño con las Casiterides, la verdad es que los grandes viajes de sus navegantes tuvieron repercusión en el mundo oriental y sirvieron de inspiración a los poetas más grandes de la antigüedad griega.

En realidad, no faltaron colonias púnicas más allá

16

del Estrecho, en la Península y en Marruecos. Se han reconocido restos de ellas a lo largo de la costa africana. "Los cartagineses resolvieron que Hanno navevara más allá de las Columnas de Heráclito y fundase allí colonias lítico-fenicias, para lo cual salió al mar con 60 pentécoras, llevando hombres y mujeres en número de 30.000, víveres y todas las provisiones necesarias...", comienza relatando el periplo de este Almirante cartaginés. Los fenicios, según costumbre propia, debieron construir dos columnas sobre los montes que jalaban la entrada del Estrecho. Estas montañas se llamaron en lengua púnica—quizá en la bereber—"Calpe", la europea, y "Abyla", la africana (1). Estos nombres habrían de prevalecer hasta hace doce siglos. Entonces, cuando la ola islámica alcanza a España, las montañas del Estrecho cambian su nombre originario y se bautizan con toponomía árabe. "Abyla" toma el nombre del gran conductor militar de aquella expedición; Muza Ben Noceir (Yebel Musa) y "Calpe", el de su lugarteniente Tarik (Yebel Tarik o Gibraltar).

Los jalones de la toponomía del Estrecho fueron así sucesivamente puestos. Los nombres de ambas orillas prueban un origen común; una relación íntima. Y—notable cosa—la amalgama de la actual toponomía de las cartas de navegación no parece sino corroborar y confirmar esta íntima relación entre ambas márgenes del Estrecho. Así—digámoslo de pasada—en el litoral africano está el "Monte Acho", es decir, en castizo castellano, el altozano que escudriña amplio ho-

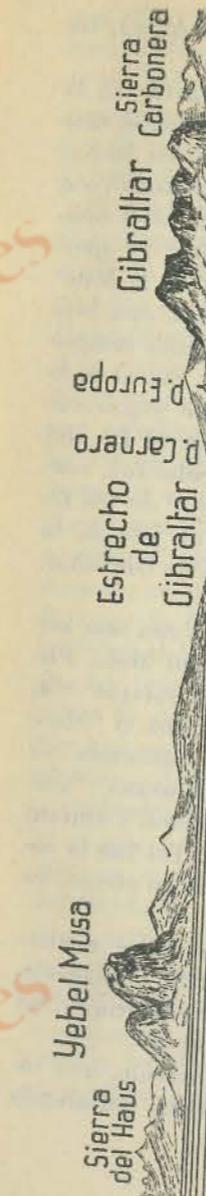
(1) Enrique Arqués opina que, como advirtiera ya Quevedo, hay una traslación de letras, siendo exactamente la ortografía de aquel último nombre "Aliba". Es decir, que, según esto —termina el Sr. Arqués—, la columna africana llevaría el nombre bereber de "Al-Libio", esto es, de la "parte de Libia": de África.

2

17

rizonte, y la Isla de Perejil; y, en fin, Punta Lancho-
nes y Punta Blanca ("Promontorium Album"), toponi-
mia toda española, mientras que en la costa Nor-
te, esto es, en la de Iberia, se citan Punta Marroquí y
nombres, entre muchos, como los de Gibraltar, Ta-
rifa y Algeciras, de clara raigambre árabe.

De la más vieja toponimia del Estrecho tiene la cla-
ve la mitología. Sencilla e ingenuamente el hombre
de la antigüedad acudió, como tanta otra vez, a la
fábula para explicarse el misterio del "Finis terrae",
el enigma del Estrecho. Y, en efecto, hubo de bus-
carse, para romper el secreto, la intervención sobre-
natural. La Mitología, a la verdad, no era solamente
fábula y poesía. Suplía, a los ojos del hombre de la
antigüedad, la insuficiencia de los conocimientos cien-
tíficos de aquel tiempo. Entre los muchos Hércules
que se relacionaban en la antigüedad—Diodoro contó tres; Cicerón, seis, y Varrón, nada menos que 42—,
ninguno tan famoso y célebre como el Hércules de
los griegos. Dícese de él que por muerte, en un acceso
de cólera, de su mujer Megara y de sus hijos, su her-
mano uterino Euristeo, por orden del oráculo de Del-
fos, le condenó a cumplir los famosos doce trabajos.
En efecto, debe ahogar al león de la selva de Nemea,
cuya piel le hizo invulnerable; da muerte a la hidra
de Lerna; se apodera del jabalí de Erimanto; realiza
la proeza de las aves de rapiña del lago Stinfalo; al-
canza a la cierva de pies de bronce del monte Méma-
lo; derrota a las amazonas y coge a su Reina; limpia
los establos de Augios, inundándolos con agua del río
Alfeo; libra la llanura de Maratón del minotauro que
la asolaba; da el Rey Diomedes a comer a sus propios
caballos; vence en España al monstruo Gerión y
se apodera de sus bueyes; saca a Teseo de los infier-
nos, trayéndose a Cerbero encadenado, y, por últi-



Panorámica del Estrecho tomada desde el Mediterráneo.



El Estrecho de Gibraltar visto al pasar al Mediterráneo desde el Atlántico.

mo, roba del Jardín de las Hespérides, en África, las manzanas de oro.

Pero no es esto todo lo que hay de maravilla en la historia herculiana. Se han adjudicado al héroe más proezas aún por la tradición. Por ejemplo, las luchas victoriosas con el río Aqueloo, con el gigante Anteo, con el bandido Caco y los centauros, y, en fin, sobre todo el más trascendental de todos sus trabajos: la apertura del Estrecho de Gibraltar. El coloso de la Mitología griega abrió así, en efecto, cierto día, esta brecha por la que se precipitó el mar. Hércules rompió el istmo de Gibraltar y cavó el Estrecho. Sin el mito los pueblos antiguos no hubieran podido explicarse jamás la apertura de aquella brecha, en el fin del mundo. Según la tradición oriental, Hércules fué, además, el descubridor de la Iberia, en favor de los fenicios, afirmándose, también, que fué el jefe de la expedición primera que llegó a la bahía de Gibraltar, poniendo allí los límites del mundo.

Según los autores antiguos, que relatan con más minuciosidad la hazaña (Avienio, Pomponio Mela, Plinio, Dionisio Areopagita, etc), Hércules rompió con una enorme maza la montaña que separaba el "Mare Nōstrum" de la "Pelagus Atlántica", quedando así constituidas las dos enormes columnas naturales: "Calpe" y "Abyla", a las que antes nos referimos, y abierto para siempre el Estrecho de Gibraltar. Tal fué la colossal proeza herculiana. Mas ¿existieron, en efecto, las famosas columnas?

Según Strabon, en efecto, sobre aquellos montes mandó Hércules construir dos pilas verdaderas, "habiendo desaparecido—luego—por la incuria de los hombres y la inclemencia de los tiempos".

Los tirios enviaron, por orden del oráculo, una colonia a estos países del extremo occidental del mundo

conocido. "Los enviados de la descubierta—dice Strabon, confirmando el aserto—llegaron al Estrecho cerca de Calpe, e imaginaron que los cabos que lo formaban eran los extremos de la tierra habitable, el lugar de la expedición de Hércules, y, por consiguiente, lo que el oráculo llamaba las "Columnas".

Homero ha hablado de las "Columnas de Atlas". Una etimología bereber deduce que Atlas ("Al-lal") equivale a *altura, elevación*. Atlas, según la mitología, fué un coloso que sostenía el cielo con la mano. Hoy este coloso descansa, petrificado en forma de montaña, junto al Estrecho. Esta montaña simbólica de Atlas yacente es "Abyla", el propio Yebel Musa. Berard, estudiando el itinerario de los fenicios cantado en la "Odisea", ha identificado muy bien los lugares. La silueta del enorme Peñón calizo africano muestra bien claramente el perfil del coloso. "Fué entonces también cuando el asombro de los griegos—comenta Enrique Arqués, en uno de sus interesantes trabajos para relacionar la fábula, la Mitología y la Historia con la realidad del hecho geográfico—contempló maravillado, en tantas horas lentas y cansinas de navegar a remo, la silueta colosal de la montaña, con su perfil humano, su testa terrible coronada de árboles y nubes, su rostro de huellas de siglos, su frente en el cielo, los robustos brazos sobre el pecho, los pies hundidos en el mar... no hubo gloria de Rey alguno que alcanzara un signo de eternidad en la Historia, como la divinizada en esta estatua yacente de Atlas, labrada en un milagro de los dedos de Dios." ¡Misterioso país, es verdad, para los antiguos, este del "Finis terrae"!

Allá, en efecto, en el extremo occidental del Mediterráneo, en lo más remoto del mundo viejo conocido, radican los escenarios de las tramas mitológicas del maravilloso Jardín de las Hespérides; el sitio donde

Hércules luchara con Anteo; o donde Perseo cortara la cabeza a Medusa; el país de los titanes; el lugar del cautiverio de Ulises y del amor de Calipso, y donde las Pléyades corrieron sobre el cielo de África... A nadie podrá asombrar que los antiguos hicieran radicar las más maravillosas de sus fábulas en este "País-rincón", sito justamente en el límite del mundo habitado; allí en donde Hércules abriera la puerta del Mediterráneo.

III. Habla la Ciencia: una historia de millones de años.

La Ciencia sucedió a la Mitología; la explicación racional, a la fábula. Esta misma Ciencia ha confirmado la advertencia de los antiguos. En efecto, los países que separa el Estrecho son tierras gemelas; tierras hermanas. Su pasado común es remoto y viejo. Narrarle, abruma; mas, sin embargo, es instructivo.

Se ha dicho que la Geografía engendra la Historia. Y es verdad. Pero también puede decirse, en cierto modo, que la Geología, a su vez, engendra la Geografía. Acudamos a la historia del Globo, antes que a la historia de los hombres, porque aquélla probará en el acto la hermandad de las tierras, como luego aspiramos a probar, con la última, la hermandad también de los habitantes. ¡Identidad de solar! ¡Identidad de sangre! Y un nexo de unión; un canal marítimo. Tal es, en síntesis, el Estrecho.

Comencemos con la lección remota de los tiempos geológicos. No había aparecido aún el hombre en el mundo, cuando Dios empezó por unir, en un tiempo muy lejano, allá en la Era arcaica, dos continentes.

Por entonces dicen los sabios que las tierras emergidas formaban en el hemisferio boreal las masas continentales que llamaron "Angara" (Siberia) y "Alkokino" (Canadá), mientras que en el hemisferio Sur se formó el gran continente de "Gondwana", formado por lo que luego habría de constituir el Brasil, África y la Australia. Un dato importante que señalar: entre estas masas de tierras había un enorme mar que unía las fosas de los actuales océanos Pacífico e Índico y mar de las Antillas, y del que formaba parte lo que pudiéramos llamar Mediterráneo de la época. Tal océano de circunvalación era el mar "Te-thys", de Suess. Este mar, sin embargo, se estrechó luego y, al fin, terminó por fraccionarse y formar otros diferentes. Mientras tanto, durante los tiempos secundarios y terciarios, los continentes primitivos se modifican, se quieban y fraccionan o, al contrario, quedan soldados y se yuxtaponen. África y Brasil se separan de la masa indo-austral-malgache, cuando, al fin, en el terciario, surge la orografía alpina, verdadero festón dorado del Mediterráneo, quedando unidas durante su emersión las nuevas tierras, desde la Bética al Atlas. ¡No hay todavía Estrecho de Gibraltar!

Hay por entonces un corredor marítimo que comunicaba al Norte del Estrecho actual, lo que ahora llamaríamos Atlántico y Mediterráneo. Tal era el Estrecho Norte-Bético. Más tarde, todavía antes de abrirse la puerta de Gibraltar, hubo aún otro corredor marítimo, también posteriormente desecado: el Estrecho Surriego.

El primero, el Estrecho Norte-Bético, se cerró durante la primera parte del período mioceno. Formaba una comunicación marítima que coincidía con los valles actuales del Guadalquivir y del Segura. El Es-